

La desfachatez intelectual está muy extendida en nuestra esfera pública. Muchos de los intelectuales españoles de mayor prestigio y visibilidad, casi siempre escritores y hombres de letras, se caracterizan por participar en el debate político con ideas superficiales y frívolas, expuestas en un tono tajante y prepotente. La desfachatez intelectual se sostiene sobre una impunidad generalizada, que nace de la ausencia de una crítica explícita a las opiniones de las principales figuras de nuestra clase intelectual. En este libro se presentan abundantes ejemplos de opiniones mal planteadas, sin atención a los hechos ni a las reglas básicas de la argumentación, en temas diversos como el nacionalismo, el terrorismo y la crisis. Nuestros intelectuales de mayor fama no salen bien parados. Frente a la figura del intelectual que pontifica sobre cualquier asunto, se apuesta por una esfera pública más plural, menos personalista y con filtros más eficaces que eleven el nivel de nuestro debate político.

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENA PROFESOR DE CIENCIA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID. HA SIDO PROFESOR EN LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA, POMPEU FABRA Y COMPLUTENSE, ASÍ COMO PROFESOR VISITANTE EN LA UNIVERSIDAD DE YALE. ES AUTOR DE NÚMEROS LIBROS Y ARTÍCULOS ACADÉMICOS SOBRE VIOLENCIA POLÍTICA, TEORÍA DE LA DEMOCRACIA, POLÍTICA COMPARADA Y POLÍTICA ESPAÑOLA. SUS ÚLTIMOS LIBROS SON *ATADO Y MAL ATADO*. *EL SUICIDIO INSTITUCIONAL DEL FRANQUISMO Y EL SURGIMIENTO DE LA DEMOCRACIA* (ALIANZA, 2014) Y *LA IMPOTENCIA DEMOCRÁTICA. SOBRE LA CRISIS POLÍTICA ESPAÑOLA* (LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2014). ES COLABORADOR HABITUAL DEL PERIÓDICO DIGITAL *INFOLIBRE* Y DE LA REVISTA DIGITAL *CTXT*.

Ignacio Sánchez-Cuenca

La desfachatez intelectual

ESCRITORES E INTELLECTUALES ANTE LA POLÍTICA



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES © IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA,
2016

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2016
FUENCARRAL, 70

28004 Madrid

TEL. 91 532 20 77

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

LA DESFACHATEZ INTELECTUAL.

ESCRITORES E INTELLECTUALES ANTE LA POLÍTICA

ISBN (EPUB): 978-84-9097-136-9

ISBN (PAPEL): 978-84-9097-110-9

DEPÓSITO LEGAL: M-3.789-2016

IBIC: JP/KNTJ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

INTRODUCCIÓN

Le recomiendo al lector que coja aire, pues necesitará aguantar la respiración en estas primeras páginas de inmersión profunda en la desfachatez intelectual.

Durante la crisis humanitaria de los refugiados de la guerra de Siria, la opinión pública occidental se estremeció ante la foto de un niño ahogado en una playa de Turquía. Jon Juaristi publicó entonces una columna en *ABC* de la que reproduzco este fragmento:

¿Qué saben los fugitivos sirios? Saben que llegar al corazón de la Europa rica requiere llegar antes al corazón de los europeos, y por eso traen niños. Niños que arrojan al otro lado de fronteras teóricamente infranqueables o que tumban en las vías del tren. Saben que, allá en su tierra de origen, estos efectos patéticos (codificados en una espontánea retórica de la desesperación) no valen con los asesinos baasistas o yihadistas, a los que niño más, niño menos, importa muy poco, pero a los europeos les despiertan sentimientos de culpa que deben eliminar cuanto antes porque están convencidos de que la culpa es tóxica y produce cáncer.[\[1\]](#).

El texto tiene un evidente ánimo provocador. Habla con condescendencia sobre las reacciones de indignación,

compasión y rechazo que produce la suerte de los miles de refugiados sirios que quieren entrar en Europa. Juaristi no se deja arrastrar por la "retórica de la desesperación" e ironiza sobre la culpa que sienten los europeos biempensantes. A diferencia de la masa, él es consciente de que los sirios están hurgando en la mala conciencia europea: explotan a sus hijos, los traen en las peores condiciones para que una Europa llorosa y blanda acepte acogerlos. Juaristi piensa que los niños sirios son algo así como escudos humanos (¡los tumban en las vías del tren!), utilizados por sus padres para abrir las puertas de la fortaleza occidental. No vienen porque sus padres no quieran separarse de ellos. No, vienen para tocar la fibra sensible del burgués europeo. Es curioso, pero ¿no decía ETA lo mismo cuando moría un hijo de un guardia civil en un atentado con coche bomba? Los apologetas del asesinato terrorista empleaban un argumento bastante parecido al de Juaristi: según ellos, los guardias civiles manipulaban a sus hijos, los colocaban como "escudos humanos", por lo que no había que caer en la trampa del sentimentalismo; un examen frío de la situación arrojaba la conclusión de que la responsabilidad última de la muerte de los niños correspondía a sus padres por colocarlos allí.

Fernando Savater intervino en un programa televisivo sobre la tauromaquia y tuvo la ocurrencia de defender las corridas de toros en estos términos:

Si a algunos de los seis millones de parados que hay en este momento en el país se les ofreciese llevar la vida que lleva un toro bravo, es decir, vivir en uno de los paisajes más hermosos del mundo durante prácticamente toda su existencia, tratado con mimo y con todo tipo de comodidades, perteneciendo a una especie de la que solo una ínfima minoría va a ir a la plaza y, luego, como pago de eso, solamente pasar los últimos quince minutos de la vida malos, que son probablen-

te muchos menos de los que probablemente pasaremos nosotros en nuestra vida, habría gente, a montones, que por tener esa oportunidad aceptaría la vida del toro bravo.[\[2\]](#).

Resulta difícil imaginar qué imagen del parado pueda tener Savater. Parece pensar que se trata de un ser desesperado, incapaz de defender su dignidad, que con tal de llevar una buena vida está dispuesto a ser la víctima de una sesión letal de tortura, realizada además en público, a la vista de sus conciudadanos, en medio de un jolgorio. Un argumento como este produciría incomodidad incluso en una discusión de bar. Supongo que hay muchas razones para defender la “fiesta nacional”, pero, de todas ellas, esta es acaso la más mostrenca.

Félix de Azúa lleva mucho tiempo opinando sobre la vida pública en España. Siempre tiene opiniones rotundas, tajantes, y utiliza un tono visceral, alejado del análisis, para dar rienda suelta a sus demonios. En varios artículos de opinión se ha referido al expresidente José Luis Rodríguez Zapatero como “el peor dirigente que ha soportado España desde Fernando VII”.[\[3\]](#) Es natural que las valoraciones sobre Zapatero sean muy dispares y vayan del entusiasmo al aborrecimiento, pero afirmar que Zapatero ha sido peor que Francisco Franco y Miguel Primo de Rivera, por limitarnos al siglo XX, suena más bien estrafalario. Fue esta coletilla de “el peor dirigente desde Fernando VII” una fórmula que en los círculos más reaccionarios de Madrid se propagaba entre enormes risotadas durante la etapa de gobierno socialista entre 2004 y 2011. Que Azúa, hombre de una sensibilidad estética exquisita, haya hecho suyo el lugar común de la derecha más cerril y lo propague a través de las siempre solemnes tribunas del diario *El País*, dice mucho sobre la impunidad con la que opinan algunos de nuestros intelectuales. No menos chocante resulta que el propio Azúa, en entrevistas y otros formatos, se haya declarado un “exiliado” porque decidió abandonar Barcelona e irse a vi-

vir a Madrid.^[4] Hay que tener un ego bien puesto para presentar una decisión así como un "exilio", sobre todo en un país como el nuestro que ha tenido en el pasado experiencias desgarradoras de exilio auténtico. Se trata de una banalización que los nacionalistas españoles celebran con regocijo, pero supongo que dejará pasmada a la gente que conserve algo de sentido común.

El rey Juan Carlos I anunció su abdicación el 2 de junio de 2014. A los pocos días, el diario *El País* publicaba un especial en el que la plana mayor de sus escritores, periodistas e intelectuales lanzaba ditirambos acartonados, en el más fiel estilo del antiguo NO-DO, a la figura del monarca. Juan Luis Cebrián le puso nota ("sobresaliente cum laude"); Felipe González añadió que el rey "nos da por primera vez en 300 años un periodo de estabilidad democrática y de convivencia en libertad"; y Francisco Basterra remató la faena recordando que "las últimas cuatro décadas han sido sin duda los mejores 40 años de nuestras vidas". Y desde luego lo han sido, pero no precisamente por obra de Juan Carlos I: ni el progreso económico, ni el Estado de derecho ni el orden democrático fueron una graciosa concesión de su majestad. Por supuesto, ni una referencia a los negocios turbios, a la fortuna acumulada durante su reinado o a sus amistades peligrosas. Al pasar por alto cualquier atisbo de crítica, parecía suponerse que la figura del rey no soportaba un juicio global de su trayectoria y servicio. Lo lógico habría sido ofrecer un análisis algo más ecuánime, en el que se destacara su papel crucial en la transición a la democracia sin por ello silenciar sus tejemanejes económicos. La acumulación de artículos hueros fue una demostración de la decadencia de aquello que en su día José Luis López Aranguren llamó, no sin cierta exageración, "el intelectual colectivo" del postfranquismo. Javier Cercas, aficionado a las frases redondas y lapidarias, llevó tan lejos el elogio que terminó cayendo en exageraciones sin cuento. El título de su artículo, "Sin el Rey no habría democracia", era ya un exceso, aunque no puedo asegurar si había salido de su pluma o era resultado de la intervención del periódico. El tex-

to, de hecho, matizaba algo semejante tesis, pero, en su afán por ensalzar a Juan Carlos, se llegaba a afirmar que el 23 de febrero de 1981 fue "el día en que empieza de veras la democracia y terminan el franquismo y la Guerra Civil" [5]. Quizá sea un tropo literario, pero a mí me suena más bien a frase absurda: la Guerra Civil había acabado en 1939 y el franquismo en 1977, se ponga Cercas como se ponga. Para cerrar su artículo, el autor dejaba en el aire el ominoso peligro de una nueva guerra civil, truco retórico que se emplea para alertar sobre los riesgos de un enfrentamiento fratricida causado por las demandas de los nacionalismos periféricos: "Ignorar que los casi cuarenta años de reinado de Juan Carlos I han sido los mejores de nuestra historia moderna, los de mayor libertad y prosperidad, es simplemente ignorar nuestra historia moderna. Y esa ignorancia de nuestro presente puede devolvernos lo peor de nuestro pasado". Aparte de que, como he dicho antes, la libertad y prosperidad de España no son "obra" de Juan Carlos I, es importante subrayar que, por mucho que los españoles ignoren el presente, nadie nos va a devolver a pasado alguno. Ni va a volver la dictadura ni hay riesgo alguno de que en España pueda haber una nueva guerra civil. Unos mínimos conocimientos de política comparada confirman la vacuidad de este tipo de afirmaciones. Sencillamente, los países desarrollados con niveles de renta per cápita como el de España jamás sufren guerras civiles; este tipo de conflictos surge únicamente en países con bajo desarrollo económico y Estados débiles incapaces de imponer el orden.

La lista de ilustraciones y ejemplos podría continuar un buen rato. Estos son solo algunos extraídos al tuntún. A lo largo de este libro el lector encontrará múltiples citas que van en la misma línea que las reproducidas hasta el momento. Se caracterizan todas ellas por una mezcla de frivolidad en los contenidos y prepotencia en la forma estilística. Empleando un tono sobrado, pleno de contundencia, se realiza una afirmación retumbante, en la que no hay rastro de duda o matiz. Y ese estilo henchido de certidumbre, que se corresponde tan perfectamente con lo que el sociólogo

Diego Gambetta ha llamado "machismo discursivo" (véase el capítulo 1), sirve para disfrazar ocurrencias y argumentos poco informados y mal contruidos.

Son muchos los ejemplos de intelectuales que han interpretado el reconocimiento público que reciben por su obra literaria o ensayística como una forma de impunidad. Llegados a cierto punto de "consagración", saben que digan lo que digan, por muy arbitrario o absurdo que resulte, nadie les va a mover la silla. Es como si la acumulación de malas ideas y opiniones infundadas no tuviera apenas impacto sobre su reputación, de modo que ningún periódico se atreverá a prescindir de sus servicios, ni las editoriales rechazarán sus manuscritos ni les dejarán de invitar a conferencias, cursos de verano y demás actos culturales y académicos.

Esta suerte de impunidad está muy generalizada en las letras españolas, pero me atrevería a afirmar que resulta especialmente acusada entre aquellos que adquirieron visibilidad y protagonismo durante los primeros años de la democracia y siguen escribiendo hoy como lo hacían entonces, sin pausa ni interrupción, con más de cuatro décadas de experiencia a sus espaldas. Ellos apenas han cambiado (han cambiado mucho ideológicamente, desde luego, pero no en la manera en la que intervienen en el debate público) y, sin embargo, el país ha pasado por una transformación muy profunda. El nivel de preparación de las nuevas generaciones (entre las que no me cuento, por cierto) es muy superior al de las anteriores. Así, lo que pudo ser un análisis novedoso y ocurrente en los primeros ochenta, hoy puede haberse convertido en algo muy anticuado. La generación de la Transición, que vivió unas circunstancias completamente extraordinarias, fue en gran medida autodidacta, por lo que presenta ciertas limitaciones formativas (las propias de una licenciatura en Derecho o en Filosofía y Letras en la universidad española de la época) que se han ido haciendo más evidentes con el paso del tiempo.

Pensemos en el análisis político: es obvio que ha evolucionado muchísimo. Así como en los años ochenta y aún en la década siguiente el debate sobre la política se realizaba

en términos muy superficiales y literarios, con grandes dosis de subjetivismo, hoy contamos con numerosos expertos deseosos de participar en dicho debate aportando argumentos que tienen más base que la pura ocurrencia. Los escritores consolidados, no obstante, continúan opinando sobre política sin haber hecho un mínimo esfuerzo por aprender y estudiar lo que se sabe, con mayor o menor fundamento, sobre ciertos temas acerca de los cuales no tienen reparo a la hora de ofrecer tesis rotundas.

La aparición en las nuevas generaciones de gente con mayor preparación intelectual para hablar sobre temas políticos (corrupción, nacionalismo, terrorismo, relaciones internacionales, integración europea, administración pública, financiación autonómica, partidos políticos, etc.) ha sido clave para poner en evidencia el estilo del viejo intelectual que cree que puede opinar sobre cualquier asunto sin haber hecho unas lecturas mínimas al respecto.

El problema se agrava porque estos intelectuales consagrados, muchos de ellos consumidos por la vanidad de los personajes que han creado, aceptan muy mal la crítica. Cualquier desacuerdo, por muy razonado que esté, lo entienden como un ataque personal, como un intento de desprestigiarlos, fruto de la envidia y el rencor. En consecuencia, cuando se dignan a contestar, lo suelen hacer en términos personales, atacando a quien ose rechistarles. Desde sus tribunas, prefieren evitar el debate y el intercambio de argumentos, lo que no es incompatible con lanzar dardos cargados de mala uva contra los que no opinan como ellos. Su objetivo es ofrecer opiniones, no someterlas a un examen crítico en una conversación colectiva. Son opiniones con sello personal, con marca propia, que están asociadas a un autor único e irreplicable. El debate, pues, queda reducido a desautorizar a quien piensa distinto, sin entrar en demasiados detalles acerca de las razones para defender una postura determinada. Con excesiva frecuencia, la desautorización se lleva a cabo de forma oblicua, no mencionando el nombre de quien sostiene una idea diferente; así sucede sobre todo cuando se considera que dicho nombre está

por debajo en el escalafón, por lo que hacerse eco del mismo supondría favorecer un inmerecido ascenso en la jerarquía de las letras.

La calidad del debate público se resiente como consecuencia de estos modos. En general, tengo la impresión de que las voces principales en dicho debate se han ido quedando caducas y obsoletas. La llegada de la crisis en 2008 sirvió para hacer más visible la decadencia de las “grandes firmas”. Sus temas favoritos suelen girar siempre en torno al nacionalismo y el ser de España, verdaderas obsesiones patrias: España como problema, el futuro de la nación española, un proyecto para España, España ante sus desafíos territoriales, España ante Europa, los fantasmas del pasado de España, el reto de España ante un mundo global y así sucesivamente. Por eso, cuando la crisis comienza a hacer estragos y aumentan la desigualdad y la injusticia social, apenas tienen nada que decir. No conectan con los problemas cotidianos de la crisis: los desahucios, la emigración de los jóvenes, la pobreza energética, los recortes sociales, la congelación de las ayudas a la dependencia, el paro de larga duración, las ayudas a los bancos, las políticas de austeridad..., nada de esto despierta su interés. Necesitan el plan Ibarretxe o el *procés* de Artur Mas para inspirarse y dar lo mejor de sí mismos. Ahí se encuentran en su salsa. Como, por lo demás, son sensibles a las modas y tendencias, cuando oyen campanas de que, por ejemplo, la desigualdad es un tema de creciente importancia más allá de nuestras fronteras, empiezan a hacer referencia al fenómeno, pero con retraso y solo tras el éxito de Piketty, a pesar de que en España numerosos expertos llevaban tiempo, bastante antes de la publicación de *El capital en el siglo XX*, insistiendo sobre el aumento de la desigualdad.^[6] De la misma manera, “las grandes firmas” rara vez escriben sobre lo que sucede fuera de España, ni acuden a lo ocurrido en otros países para poner la realidad española en perspectiva. El resultado suele ser un análisis muy provinciano de lo que sucede en nuestro país. Esta especie de aislacionismo o autarquía intelectual constituye uno de los rasgos más

definitorios de nuestro debate público. Si se quiere expresar de otro modo, podría afirmarse que el “casticismo” sigue muy presente entre los escritores e intelectuales con mayor presencia mediática e influencia social.

Javier Varela, en su análisis histórico de los intelectuales, ya mostró que la obsesión con el problema nacional viene de lejos. Y también señaló que la principal limitación intelectual de los escritores y ensayistas de la generación del 98 en adelante fue su aproximación estética y moral al tema de España. En el fondo, cuando hablaban sobre los problemas de la patria, hablaban sobre sí mismos: “Ocupados en la tarea de la creación literaria, obsesionados en la invención de su personalidad, el intelectual español llevó hacia la política los valores estéticos; tendió a confundir su privadísima moral —heroica, sublime— con la moral pública” [7]. Resulta fascinante que un siglo después sigamos en las mismas. Las intervenciones políticas de Antonio Muñoz Molina, muy celebradas por el *establishment* cultural del país, se basan en muchos casos en la contraposición entre unos valores morales encarnados por él mismo y la traición a dichos valores por parte de una clase política ignorante y sin visión que condena a España a mantenerse en un atraso secular. La política pasa a ser el reflejo de las deficiencias morales de nuestra clase dirigente. La misma posición parece advertirse en la denuncia furiosa que hace Azúa de las elites españolas e idéntica solución moral y privada propone para hacer frente a la barbarie que nos rodea:

Un individualismo radical es la única salida que concibo para las tribulaciones que se avecinan. Eso es, para mí, la política en su sentido más honesto: lo que cada cual lleva a cabo desde su responsabilidad, con imaginación e iniciativa, para impedir los atropellos del poder [8].

No puedo imaginar una confesión más descarnada que esta sobre la confusión entre política y moral individual. Re-

vela una cierta bancarrota intelectual, una impotencia acusada para entender las soluciones políticas a las "tribulaciones que se avecinan". Ante la dificultad de abordar políticamente los problemas del presente, el intelectual prefiere cultivar su personalidad y constituirse en referente o ejemplo para los demás.

Varela va más allá y sitúa en esta aproximación moralizante a la realidad política el origen de los cambios ideológicos que los intelectuales vienen recorriendo en sus biografías personales desde el 98 hasta el presente. De la misma manera que Ortega y Gasset fue a lo largo de su vida liberal, conservador, socialista, demócrata, etc., algunos de los más egregios intelectuales de nuestro tiempo han pasado por el marxismo-leninismo, la socialdemocracia y el liberalismo, para acabar recalando en posiciones que solo cabe calificar de reaccionarias. Por supuesto, todo el mundo tiene derecho a evolucionar ideológicamente y no puede sino celebrarse que, quienes defendieran dogmáticamente el marxismo-leninismo en su juventud, hayan acabado después defendiendo el liberalismo (por más que lo hagan con el mismo dogmatismo que entonces). Pero dicho esto, no es fácil despejar la impresión de que hay un elemento de frivolidad intelectual en esos virajes tan pronunciados.

No me parece injusto afirmar que los intelectuales de mayor visibilidad social y mediática no han estado a la altura de las circunstancias durante la crisis. En todo caso, se han podido sumar a las proclamas regeneracionistas de tantos economistas y juristas, proclamas que constituirán el centro de atención del capítulo final de este libro. El discurso de literatos y ensayistas sigue anclado en la perenne querrela nacional y cuando sale de esos parámetros se mueve entre vaguedades y lugares comunes que delatan una ignorancia preocupante sobre el funcionamiento de la economía y la política. No quiero decir con ello que el debate deba ser monopolizado por expertos. Todo el mundo tiene derecho a intervenir en la esfera pública, faltaría más. Pero se deben exigir unos mínimos, de manera que las intervenciones ante el público tengan más nivel que la con-